



POCAS COSAS han ayudado más a la solución de la Canadiense, o sea el triunfo del sindicalismo de los obreros de Cataluña —catalanes y no catalanes—, que el hallarse cerrado el infecto Parlamento que hizo el Gobierno Cordillera con la ayuda de los partidos parlamentarios. Ni el Gobierno de S. M. ha querido asesorarse para ello del Parlamento ni a los obreros ni empleados de la Canadiense se les daba un camino de ese Corral de vecindad burguesa y ramplona.

Uno de los rasgos más característicos del sindicalismo es su desprecio a la acción parlamentaria. Y no es que no parlamenten. Parlamentan, sí, pero por representantes que ellos, los sindicalistas, se eligen por sus métodos— mejores o peores que los otros— o que por sí mismos se imponen a sus compañeros. Porque el demagogo es inevitable en todo movimiento político popular. ¿Q é es Lenine, verbi gracia, más que un demagogo? Parlamentan los sindicalistas con representantes del Gobierno constituido —esta vez el Sr. Morote—, pero no en el infecto Parlamento cuya íntima constitución es el régimen de la mentira.

Saben ya de sobra los obreros que a las quejas y reclamaciones que, casi siempre con cuentagotas y sobre minuta convenida entre las partes, se le dirigen en el Parlamento al Gobierno de S. M., contesta é te con evasivas y embustes y promesas que no tiene intención alguna de cumplir. Sabe ya, de sobra, el pueblo que no se puede suplicar, y menos, si es justicia, sino exigir y exigir, con la maza en alto y amenazando. No basta chillar. Sabe el pueblo que eso del principio de autoridad, no es más que una martingala para mantener el nervio y tuétano y la entraña del régimen de despotismo, que consiste en no declarar nunca que la autoridad obró mal, que faltó, que fué injusta y que lo fué a sabiendas.

La Roma antigua trataba siempre de poner a salvo, hasta en sus derrotas, lo que se llamaba la majestad del imperio romano. Pero recuérdese las Horcas Caudinas y lo que L. Lentulo, según Tito Livio nos cuenta dijo a sus compañeros, que había que servir a la patria, no ya con la muerte sino hasta con la ignominia. ¡Mas, qué duro es ello! ¡Y cómo costó a los legionarios de Lentulo someterse a la ignominia de las Horcas Caudinas para servir a la patria! Sin embargo.. La majestad del imperio, el principio de autoridad tuvo que ceder. ¡Y poco que les cuesta ceder a las majestades! Pero, ¿qué remedio..?

La majestad del despotismo, del régimen de desigualdad inicua y de secreto y de compadrazgo y de explotación, tiene que ceder cuando un pueblo aprende el camino. Los obreros sindicalistas de Cataluña, como los samnitas a las legiones romanas en Caudium, han hecho pasar al Gobierno de S. M. bajo unas horcas caudinas. Se ha resuelto la huelga de la Cana-

diense por P. D., es decir, por Popular Decreto.

Los conservadores del régimen de despotismo y de privilegio; los de la incivil y pérfida represión de la huelga general de Agosto del 17, los del principio de autoridad a todo trance y costa —aun a costa de la justicia y a trance de ametrallar a mujeres y niños—; los in-

sensatos que han perdido a España, ponen ahora el grito en el cielo y piden eso que llaman un dictador. Y ven, con terror, el día en que el ejército, entrando con juicio, se niegue a servir de legión de esquiroles.

Hay que ver por ahí el terror que se ha apoderado de los hombres sin fe, de los que no viven sin programa para el porvenir, de los que no comprenden sino el orden que les ha hecho a ellos y se sienten incapaces de crear un orden nuevo; hay que ver su terror ante esta gobernación por P. D. y sin necesidad del Parlamento de R. O.

Pero aún hay gentes de fe o que la fingen lo mismo que los niños cantan de noche cuando van solos. El clave de bóveda de todo este régimen que se resquebraja y derrumba, el punto muerto en que convergen las fuerzas de los intereses en peligro, el hombre símbolo y soporte de de todo el mal pasado de España le

decía a un político, a quien llamó en consulta, que esperaba que hasta el bolcheviquismo se haría gubernamental. ¿Qué entenderá por gubernamentalismo ese Punto Muerto? Sí; se harán los sindicalistas gubernamentales, gobernando por P. D. E importará poco, luego, la firma que el P. D. lleve. Esa firma podrá estamparse tan en barbecho como la de tantos RR. DD.

\*\*\*

El inefable Cambó, el hombre del «hecho catalán», del «problema biológico», de la «España Grande» y de otros conceptos —y no más—, de una ideología de algodón en rama, va a dirigir una carta a los obreros catalanes— no a los obreros de Cataluña—, para que busquen solución a sus conflictos en la autonomía integral y lingüística. Si en vez de por la Canadiense, conociéramos todos a la Compañía del conflicto por la *Canadenca*, el conflicto no habría surgido o se habría arreglado con un coro Clavé, de seguro.

Miguel de Unamuno

